

Mostar, adiós

Las tropas españolas abandonan tras quince años la capital de Herzegovina, donde todo está aún por resolver **Carolina Clemente y Estefanía Marín**



Un grupo de mujeres observa el desfile de varios soldados españoles que se despedían de Mostar en mayo

FEHIM DEMIR / EFE

Stojan calla cada vez que el camarero, croata como él, se acerca a la mesa del restaurante del teatro de Mostar, en la avenida Mariscal Tito, una de las principales calles de la capital de Herzegovina. Le incomoda que 12 años después del fin de la guerra le escuchen desenterrando el pasado. “Soy católico, pero luché con el ejército bosnio”, confiesa. Como otros miles de combatientes, se alistó para defender su país de los nacionalismos serbio y croata. El dolor se palpa en sus silencios y se extiende en su relato. Mientras habla, Stojan fija la mirada en la avenida. A mitad de la calle aún se yergue un edificio acribillado que se sostiene de milagro. En 1993, el lugar fue blanco de los más encarnizados combates entre croatas y musulmanes, cuando se rompió su débil alianza frente al bando serbio. “Los españoles ayudaron en lo que pudieron”, recuerda cuando se le pregunta por la labor de las tropas españolas.

Mostar refleja un aspecto de falsa normalidad que sólo delatan los edificios en ruinas y las patrullas de vigilancia de la Eufor, cada vez menos visible. La Unión Europea decidió el pasado diciembre reducir los efectivos en el país de 6.000 a 2.500 hombres. Lo que supone para España el abandono de la Base Europa, en Mostar. A escasos metros del corazón de la ciudad, las tropas españolas desmantelan los 500 módulos de la base. Los 140 soldados que quedan volverán a España a partir del próximo 15 de junio, después de 15 años de misión en Bosnia, la más antigua de las que mantiene el Ejército español en el exterior.

El repliegue de las tropas en Mostar no significa que abandonen el país. A partir de finales de junio, España liderará el Batallón Multinacional que tendrá sede en la capital, Sarajevo. Además, la Unión Europea contará con una policía integrada y 45 equipos de enlace y observación.

“Podéis gritar alto y claro ‘misión cumplida’”, exclamaba el teniente general Álvarez del Manzano el 26 de abril, cuando las tropas se despidieron oficialmente en la plaza España de Mostar. El militar se mostraba convencido de haber completado la labor encomendada. “Habéis querido, podido y sabido hacer que, a base de sangre, sudor y lágrimas, la convivencia y la paz sean posibles”, añadía.

El periodista Ramón Lobo, que cubrió la guerra bosnia, discrepa de la versión militar. “Las tropas tenían un mandato específico, que era cumplir los Acuerdos de Dayton. Éstos implicaban la estabilización de la zona, que se consiguió, pero también la captura de los criminales de guerra, que no se ha cumplido. De todas formas, el Ejército español no tiene más culpa que la ONU o la OTAN. No contaban con los recursos necesarios”.

En los últimos años, Bosnia se había convertido para los soldados españoles en una misión cómoda y hasta agradable, que incluía alguna que otra excursión por los alrededores. Eran conscientes de que, al abandonar el país, podían aterrizar en destinos de mayor crudeza, como Afganistán. Las relaciones con la población eran estrechas y, además, muchos ciudadanos de Mostar habían conseguido empleo en la base que ahora se desmantela. Resulta relativamente fácil

encontrar a alguien que haya trabajado en las instalaciones militares como traductor, administrativo o en el mantenimiento. La base implicó un total de 400 puestos de trabajo con un salario que casi triplicaba el de la media local, unos 250 euros mensuales. “La retirada tendrá cierto impacto económico en Mostar, pero en cuestión de seguridad será casi nulo”, admite el teniente coronel Ezquerro, a cargo de la Agrupación Melilla. De hecho, aunque las tropas empezaron colaborando en el reparto de ayuda hu-

El 20% de la población de Bosnia vive con menos de un dólar al día

manitaria y la reconstrucción de infraestructuras, ahora su labor se limitaba a realizar patrullas disuasorias y a potenciar la credibilidad de las instituciones del país.

La imagen que la población tiene del Ejército, sin embargo, está asociada a anécdotas cotidianas. “Daban comida a los niños y aún reparten juguetes en los orfanatos”, dice un vecino del centro de Mostar. “Reconozco que me sorprendió encontrar gente disciplinada, flexible y, a la vez, afectuosa con la población. Algo que era difícil de apreciar en militares de otros países”, recuerda Sandra Balsells, fotoperiodista especializada en la zona. Pero Balsells coincide con Ramón Lobo en que las tropas españolas se marchan sin cumplir parte de la misión. “La presencia de los soldados durante

estos años ha garantizado una cierta cohabitación, pero en ningún caso tienen los medios para imponer una convivencia entre comunidades”, croata y bosnia en el caso de Mostar. La ciudad y la población siguen divididas por el río Neretva. Aunque el puente turco fue reconstruido en el 2004, todavía no une ambas comunidades. “Fue un acto simbólico y muy emotivo, pero, en la práctica, no hay ningún tipo de contacto”, dice.

Cuando Balsells entró en Mostar en agosto de 1993 fue, junto a otra media docena de periodistas, con un convoy de ayuda humanitaria escoltado por cascos azules españoles, el primero después de tres meses de asedio croata. En la avenida Mariscal Tito, más de 50.000 refugiados bosnios aguardaban, al límite de sus fuerzas, comida, agua y medicamentos. Empujadas por la desesperación, unas 300 personas, la mayoría mujeres y niños, bloquearon las tanquetas para impedir que les volvieran a dejar indefensos ante los bombardeos croatas. La disminución de los ataques animó a la gente a mantener la retención durante una semana. Por primera vez ya no se sentían invisibles al mundo. “Entonces no salíamos a la calle, pero comprendimos que o salíamos o moríamos”, explica Zhura, cocinera en el restaurante del teatro local.

El dolor de la guerra

La población recuerda el acontecimiento como uno de los más impactantes de la guerra. Los recuerdos aún son vívidos y dolorosos. “No puedo olvidar, me voy a dormir y me despierto pensando en la guerra”, confiesa Kimeta, una administrativa jubilada. Esta mujer de 72 años es una de las pocas que accede a hurgar en las heridas con entereza y dignidad. Zhura, por su parte, se muestra decepcionada. “No sé si valió la pena hacer todo eso. Creo que salvamos lo que quedaba de Mostar. Conseguimos que hubiera más vigilancia y que así los bombardeos croatas fueran menos intensos. Pero ahora no tenemos trabajo y estamos olvidados”, lamenta.

Doce años después de la guerra, en Mostar, como en el resto de Bosnia Herzegovina, “todo está por resolver”, según explica Francisco Veiga, especialista en los Balcanes. “Las intervenciones militares sólo sirven para detener la guerra, pero en ningún caso para ordenar la situación económica y social del país. Bosnia necesita una economía estatal, instituciones sólidas, centralización del poder, estructura jurídica con pies y cabeza y que la población tenga conciencia de pertenecer a una sola comunidad”.

La comunidad internacional tiene la esperanza de que se mantenga la situación actual y que el país entre, algún día, a formar parte de la Unión Europea. “Hay una responsabilidad internacional, pero Bosnia también tiene que asumir la suya. Y desde 1995, ningún partido civil de ámbito bosnio ha ganado las elecciones, todos han sido nacionalistas”, que representan a las distintas comunida-

des, apunta este experto en la política balcánica.

El país tiene un largo camino por recorrer. Ha pasado de una economía socialista a una de mercado tras una guerra que dejó el 70% de las infraestructuras destruidas. El tejido empresarial resulta aún poco atractivo para la inversión extranjera. Aunque el Banco Mundial ya considera a Bosnia como un país en transición, y no en posguerra, un cuarto de la población no tiene empleo y el 20% vive con menos de un dólar diario. “Si Dayton sigue financiado, esto aguantará, pero es una economía subvencionada por la caridad europea”, sentencia Lobo. Mientras Bosnia intenta tomar las riendas de su futuro, la emigración de sangre de jóvenes el país. “Ya nadie se interesa por nosotros”, dice Zhura. ●

